



Por Jorge Enrique
Jerez Belisario

Desbloqueando el bloqueo

Algunos fuera de Cuba piensan que el bloqueo es solo una justificación para los “errores cometidos por la dirección del país” que han provocado el supuesto fracaso de nuestro modelo económico socialista. Dentro de Cuba también existen quienes opinan que los daños de esa política son “más muela que otra cosa”. Pero, lo cierto es que, a pesar de algunos niveles de ineficiencia de la economía cubana y de errores que hayamos cometido, el impacto del bloqueo es real y trasciende lo puramente contable.

Ni el mismo Lester D. Mallory se imaginó que su idea perdurara 55 años. En sus propias palabras, el ideólogo del bloqueo le propuso, en abril de 1961, al presidente Kennedy negarle a Cuba suministros y créditos para disminuir los salarios monetarios y reales “a fin de causar hambre, desesperación y el derrocamiento del Gobierno”. Tampoco debe haber imaginado que los cubanos resistirían tanto al macabro engendro. Sin embargo, esa política va supera los 753 mil millones de dólares de pérdidas para el país.

Cuando pienso en el bloqueo, inevitablemente recuerdo a Noemí, una niña cubana que por su corta edad todavía no comprende mucho de política, pero como tantos otros pacientes de lo servicios de oncología se ve imposibilitada de recibir medicamentos de última generación que pudieran alargarle la vida, o por lo menos hacérsela menos dolorosa.

Tampoco puedo dejar de pensar en mi brazo derecho, que hoy pudiera tener mayor movilidad si, en el momento que lo necesitó, Cuba hubiera podido adquirir regularmente la Toxina Botulinica utilizada, en este caso, como relajante muscular. A lo mejor hoy, en lugar de escribir este comentario con una sola mano sobre el teclado como lo hago, hubiera

podido utilizar también mi mano derecha, como lo hace la mayoría de mis colegas. El Botox cuando aparecía en terceros países costaba 470 dólares, sin embargo, allí mismo, a solo 90 millas de las costas cubanas su precio no excedía de los 100 USD.

El bloqueo no es un tratamiento selectivo destinado a los revolucionarios, sino que afecta a todos, incluyendo a niños de pocos meses de nacidos que todavía no saben, tan siquiera, lo que van a ser en la vida.

Son miles de toneladas de alimentos las que Cuba pudiera importar de los estados sureños norteamericanos, agrícolas en su mayoría, en lugar de buscarlas en mercados lejanos como Asia. De no existir esas prohibiciones, los peloteros cubanos no tuvieran que abandonar la tierra que los vio nacer para poder jugar en la Gran Carpa, y probarse en lo que es para muchos el mejor béisbol del mundo, un requisito exigido solo a los jugadores de la Mayor de las Antillas.

Ahora veamos el asunto desde otra perspectiva. Cuba este año rompió su récord de visitantes como turistas, sin embargo, ninguno de los tres millones y medio era norteamericano, pues la democracia “a la americana” les impide venir a la Isla y disfrutar de un país que está, ahora mismo, en el boom.

Si de colaboración se habla el Heberprot-P, medicamento de la biotecnología cubana para tratar las úlceras de pie diabético, se usa en más de 20 países, excluyendo hasta el momento a Estados Unidos, aun cuando este padecimiento constituye la principal causa de amputación no traumática en la nación más poderosa del planeta. Situación similar tiene nuestra vacuna terapéutica Cimavax que mejora la calidad de vida de los pacientes con cáncer de pulmón.

Hasta el mismísimo Donald Trump está acusado de violar las absurdas leyes del bloqueo, pues los directivos de una compañía de su propiedad

viajaron a la Isla en 1998 y utilizaron más de 68 000 dólares, en un momento en que gastar dinero en Cuba estaba vetado.

Si bien Obama en marzo pasado llamó a olvidarnos del pasado y construir una nueva relación entre Estados Unidos y Cuba, es incongruente seguir renovando la Ley de Comercio con el enemigo de 1917, en la actualidad aplicada solo a Cuba, también está fuera de contexto insistir en que solo al Congreso toca levantar lo que eufemísticamente ellos llaman “embargo”, cuando desde el Despacho Oval, el Premio Nobel pudiera hacer más y lo demostró con la última directiva, valorada de significativa, pero aún insuficiente y por debajo de sus prerrogativas.

La Ley Helms Burton, la Torricelli y la Ley de Reforma a las Sanciones le retiraron poderes al Presidente, aun así solo son cuatro elementos que desde la Casa Blanca no se pueden modificar: la prohibición a norteamericanos de hacer turismo en Cuba, la eliminación del pago en efectivo y por adelantado a las compras de la Isla en Estados Unidos, las negociaciones con propiedades nacionalizadas luego de 1959 y la limitación de negociar con Cuba a subsidiarias de empresas norteamericanas en terceros países; eliminar el resto de las negativas del bloqueo está en un plumazo del Presidente.

Todavía no se sabe lo que va a pasar el martes 8 de noviembre. Si Obama quiere blindar verdaderamente las relaciones con Cuba, debe abrir más el diapason del alcance de sus medidas. Una buena opción sería en los tres meses que le quedan en la silla presidencial, promover la inversión de capital norteamericano en la Isla, pues los inversores nortños están viendo cómo se les escapa una excelente oportunidad, así le sería muy difícil al Presidente 45 de los estadounidenses, aunque quiera, darle marcha atrás al proceso iniciado el 17 de diciembre del 2014.

Mi Aurora

un verso de Martí nos recibió día a día desde quinto a sexto grado, hasta su ejemplo y su savia, pues Aurora siempre obró guiada por el sol, y aunque nunca nos escondió las manchas, nos exigió dar luz. Quizá por esas incongruencias que tiene la vida fue que el 25 de octubre pasado ella miraba al sol por última vez y yo llevaba mi cuerpo al límite para besar al Maestro que me enseñó a amar.

De su mano aprendí Matemática, Ciencias, Educación Laboral... como fruto de la suerte dulcísima de PGI que resultan ser los maestros primarios. Además nos enseñó a respetar y valorar la palabra empeñada, y sobre dignidad; sí, porque en principios también nos forjaba mi maestra. Ella no era maestra primaria, era maestra de vida.

Tengo una foto del último día de clases en la que su mirada, siguiendo

mis pasos, me anunció lo que vendría después... nunca estuvo lejos de mí, supo de los concursos, de las notas en la secundaria, de las pruebas de ingreso a la “Vocacional”, de la beca... disfrutó junto con mi madre de la prueba de aptitud de Periodismo y no faltó en mi primer día de Universidad, ni en el último.

Después tocaba la puerta de mi casa para agradecer (¡mi maestra agradecerme a mí!) un texto publicado, o me paraba en la calle para señalarme aspectos sobre un tema que podía haber incluido en otro.

Con ella aprendí a empeñarme en todo lo que haga. Por eso quiero creer que ahora que me aventuro en el arte de dar clases, que en ella era gracia, me acompaña cada vez que entro al aula, y siento el reto de dejarles a mis muchachos todo lo que me enseñó mi Aurora.



Por Carmen Luisa
Hernández Loredó

Aurora Varona es mi maestra. Es, porque hay sentimientos que siempre están en presente aunque los años, y la muerte, se empeñen en contrariarte. Aunque ya no vuelva a escuchar aquella suerte de contrasena del cariño que siempre tuvimos, nadie puede quitarme el candor de ese saludo latiendo en mi pecho.

Ella, maestra vieja, como se dice con respeto y admiración de quienes han dedicado su vida entera a enseñar, era dueña y señora de su espacio. No recuerdo una voz más alta que la suya, ni alguien que intentara socavar ese control estricto de todo cuanto ocurría en clase.

Nuestra aula era una cofradía maritana. Desde la misma puerta, donde

La realidad más allá del sueño

Por Ricardo Salazar Crespo (Ganador del concurso de Adelante)

De la existencia de Fidel Castro tuve noticias cuando acompañaba a familiares campesinos a oír Radio Rebelde desde un viejo auto que internaban en la finca de mi abuelo materno, a orillas de un arroyo. Era el año 1958, yo tenía 11 años. Después llegó la apoteosis del triunfo revolucionario y los legendarios barbudos que contemplábamos con infantil asombro.

¿Quién pudiera un día hablar con Fidel? La interrogante me acompañó por muchos años. En persona lo vi en uno de los 26 de Julio en Camagüey, pero a distancia. Después, en 1984, por varios días en el XV Congreso de la CTC al que asistí como delegado. Con extrema rapidez y asombrosa facilidad corregía, mentalmente, los cálculos y cifras que muchos delegados, vinculados a la producción material, daban a conocer. Todos los días lo veía desde unos cinco metros de distancia en que se encontraba mi silla. Pero de ahí a hablar con él, me parecía un trecho demasiado grande para mi altura tan minúscula.

Llegó el 75 Congreso Universal de Esperanto en el Palacio de las Convenciones de La Habana, en 1990. Fidel asistió a la apertura. Fue como una ráfaga de energía que se enseñoreó del recinto y de todos los presentes. Miles de flashazos iluminaron el salón en breves segundos. Las ansias y las esperanzas de poder hablar con él se intensificaron en mí aunque seguí con mi silencio acompañante. Lo había tenido nuevamente al alcance de mis palabras, que pugnaban por brotar, porque era delegado del Poder Popular y toda ocasión para llamar la atención de la dirección de la Revolución hacia Cascorro constituía otro desvelo.

El momento llegó inesperadamente. Fidel ofrecería una recepción de honor a los participantes en aquel 75 Congreso el jueves 19 de julio de 1990, y yo estaba entre los seleccionados. Para acercarme más a la realidad del encuentro, se dio la circunstancia de ser necesario un guía que le expusiera a los demás delegados algunas orientaciones. Sin análisis previo, con la velocidad del rayo dije: ¡yo!, y con la facilidad que nunca pensé podría acompañarme, cumplí la encomienda, micrófono en mano, mientras la suntuosa “Marco Polo” avanzaba hacia el Palacio de la Revolución. Iba junto a la directiva mundial de la Asociación Universal de Esperanto (UEA). Para más suerte, al estrechar la mano de Fidel, aquel gigante múltiple de larguísimo dedos y rojiza barba, el presidente de la Asociación Cubana de Esperanto le aclaró: “Este es un compañero cubano”. Era justamente lo que necesitaba. “Sí, le dije a Fidel, ¡y de Cascorro!”, y seguí caminando a la vez que estrechaba la mano de otros altos dirigentes.

Cuando Fidel brindó en honor a los presentes, me miró y preguntó: “¿Tú fuiste el que me dijiste que eras de Cascorro?”. Sí, ¿de donde son las cremitas de leche?, le expresé. “Son muy buenas”, me respondió. Sí, pero es necesario ampliar esa fábrica, Fidel. “Sí, cuando terminemos la Cuenca Lechera, la vamos a ampliar”. Gran esperanza rebotó mi corazón, mientras los acontecimientos que iban derrumbando el campo socialista en Europa, dieron al traste con esa posibilidad en aquellos años. Espero un día ver ese interés de Fidel hecho realidad con la revitalización y recuperación de las enormes áreas de pastos en el “Camagüey cuero de toro” y el necesario incremento de la ganadería, símbolo histórico de esta provincia.

Cuando Fidel se retiraba le pedí escribiera algo para Cascorro en el reverso de la tarjeta de invitación, y, caminando, escribió: “Para Cascorro, muy heroico en nuestras guerras de independencia”. Nunca un pueblo pequeño como este había recibido homenaje tan grande, más aún recordando que también Martí había expresado, al cumplirse un año de la fundación del PRC, en 1893: “Aquí nos reunimos, señores, para dar un testimonio público de la unión cordial y el entusiasmo con que aceptamos el Programa y los Estatutos del Partido Revolucionario Cubano, formulados en Cayo Hueso, que es lo mismo que si dijéramos en Guáimaro o en Cascorro”.